

## EL «LOGOS» EN EL REALISMO

L. GARCÍA ALONSO

El logos aparece en Grecia como un descubrimiento que invierte el rumbo de la humanidad y fija la dignidad del hombre por sobre la de todo otro existente sensible.

Sin embargo el logos emerge en el seno de la ciencia y en ella se estratifica. Conocer al logos en la ciencia equivale a conocerlo con las características propias de este saber.

De este modo lo recibe ARISTÓTELES, confundido con el ropaje del saber por causas, que es —para el Filósofo— el saber científico, o la episteme.

Descubierto el logos científico, la razón formal de la ciencia consiste en dar cuenta de la causalidad del ser, y, más precisamente, de su causalidad necesaria. El núcleo de la ciencia se ubica en la causalidad necesaria que permite al científico afirmar con seguridad y universalmente.

En otros términos, el logos científico radica en la demostración, y demostrar es exhibir las causas (necesarias).

Parece ser, entonces, que se da razón de algo, porque ese algo tiene en sí una razón que ofrecer al sujeto que lo conoce. He aquí el logos del objeto.

El sujeto coloca esa razón y la engarza en una estructura que él mismo construye. Esta es la razón, el logos del sujeto: la lógica.

Aquí se manifiestan dos vertientes de la causalidad; la entitativa y la explicativa. O, lo que es lo mismo: lo «racional en sí», y lo «racional para nosotros».

Preguntarse por la razón entitativa de un ser, es preguntarse por la causa de su existir, o por la causa de su «ser así» —de su esencia— o bien por la causa de su estado presente. Esto equivale —con

ciertas precisiones— a preguntarse por las causas del cambio del ser: tanto por el inicio de su existir como por sus cambios sustanciales o accidentales.

Resulta notable que los diversos tipos de causalidad que acaban de apuntarse —causalidad intrínseca: material y formal, causalidad eficiente: primera y segunda, causalidad final: inmediata y mediata— no respondan unilateralmente a la causalidad necesaria, sino que desbordándola, subrayen el papel que le corresponde representar a la causalidad libre.

Por medio de la ciencia se conoce lo que cambia de un modo necesario. En el arte se conoce el cambio en el que consiste la producción misma del artefacto, cambio que responde obviamente a la causalidad libre. El conocimiento prudencial se ordena a cambiar libremente el propio yo en su acción libre.

El ámbito del conocimiento de la causalidad no puede reducirse al conocimiento de la causalidad necesaria o científica. Mucho menos puede circunscribirse la causalidad a la causalidad conocida.

El logos científico no es el logos pura y simplemente. Afirmar lo contrario es hacer la sinonimia entre lo acientífico y lo irracional, sinonimia que ha generado un número considerable de consecuencias negativas.

No obstante, ciertas constantes de la razón científica, lo serán de toda la razón. La causalidad necesaria en la que consiste la razón científica, es peculiarmente necesaria en cuanto científica, y no en cuanto razón. Como razón es fundamentalmente ordenada y llena de sentido: es elemento constitutivo, o bien es origen o fin. La razón en cuanto tal —sea necesaria o haya sido libre— es principio de ser y por ello principio de inteligibilidad. Todo lo que es, es inteligible.

Lo anterior significa que la inteligibilidad penetra todo lo existente, sin excepción, y en eso consiste su racionalidad: la racionalidad penetra al ser por cuanto es. Cabe poner de relieve que el logos del que en este momento se trata, es el logos de lo real. Por otra parte, es precisamente el logos de la realidad, el que es medida y causa —causa final— del logos en el conocimiento humano.

El logos se fundamenta en la actualidad de ser, en su perfección; y padece, como la realidad misma, una gradación jerárquica. No cabe un ser sin logos, porque no cabe sin alguna perfección.

Siendo esto así, la dimensión del logos subjetivo se precisa en función de la actualidad del ser, y no en función de su necesidad.

Frente a la causalidad necesaria, el entendimiento reacciona contemplativamente, porque lo necesario no es modificable. Cara a lo no-necesario, si el fin no es modificarlo, cabe la permanencia del intelecto en la contemplación. Sólo cuando el motivo del cognoscente es la transformación del objeto, se da el conocimiento práctico.

En el ámbito de la causalidad libre coexisten el conocimiento especulativo y el práctico.

Interesa mencionar que el *logos poietikós* —la razón artística— radica en la idea ejemplar, en el proyecto a realizar, y no en la realidad modificable en cuanto realidad. Algo semejante sucede en el caso de la prudencia.

La vasta extensión del conocimiento vulgar entra de lleno en el terreno del logos que le corresponde con pleno derecho. En cuanto al objeto, por versar sobre la realidad; en cuanto al sujeto, desde el momento en que se trata de un conocimiento intelectual.

Cuando se abandona la definición aristotélica en favor de una concepción científica como la contemporánea, en la cual el elemento de dominio sobre la naturaleza opaca la del elemento de necesidad causal —borrando con ello las fronteras entre el saber teórico-científico y práctico-técnico— el resultado es la reducción del logos al logos de lo necesario, la tiranía de la producción, el atropello de la libertad en el modo de proceder en lo práctico y, por fin, la desaparición del logos mismo, porque en la práctica la ciencia ya no depende del logos sino del éxito. Por ello la causalidad se cambia por la casualidad y el papel del azar, que es un ingrediente principal en el éxito, se hace preponderante.

En este contexto, la medida de la verdad deja de ser la realidad para convertirse en la formulación. Ello porque la formulación es puente hacia el éxito, y sobre todo porque la condición de posibilidad para el manejo de la naturaleza, es su formalización. Porque aunque la formalización puede responder a las exigencias precisas de la definición o del esquema simple del juicio, puede responder también a las exigencias tiránicas del dominio de lo real.

Desde esta perspectiva, la formalización se equipara al rigor y, aún, a la objetividad. Ciertamente cuando el sentido de la objetividad se desdibuja, llega a hacerse coincidir con lo mensurable. Y se pre-

tende descubrir la piedra filosofal gracias a la cual el conocimiento subjetivo (que se identifica con acientífico) pueda convertirse en objetivo.

A pesar de este tipo de polarizaciones, lo cierto es que «objetivo» y «subjetivo», tanto como «objeto» y «sujeto», no son seres sino funciones del ser, y justamente, funciones correlativas. Todo conocimiento es objetivo, porque todo conocimiento es subjetivo: también el vulgar. La verdad no es subjetiva. Una afirmación puramente subjetiva es falsa. La objetividad no es patrimonio científico. Cabe en la ciencia, porque corresponde fundamentalmente a todo conocimiento intelectual.

El rigor, por su parte, constituye la garantía de la verdad mediatamente evidente, allí donde la evidencia mediata —por su grado de dificultad— amenaza con perderse. Las inferencias hechas en el suceder cotidiano no precisan de semejante garantía. El rigor sólo se hace imprescindible en la argumentación científica.

Cuando se pretende injertar en la técnica el carácter científico —en detrimento de la técnica, como de la ciencia— brota la confusión entre el rigor y la formalización. Puesto que la técnica no funciona a base de raciocinios demostrativos, no cabe en ella el rigor. Pero cabe, en cambio, esa apariencia externa tan enjuta y esquemática como la del rigor, que es el aparato de la formalización.

Aunque la ciencia ocupe el principio entre los saberes, no puede considerarse como paradigma único del conocimiento, porque se orienta exclusivamente hacia la causalidad necesaria, a veces en un grado de formalización suficiente, vacío de realidad (ya porque no opere con seres reales, ya porque no opere con esencias sino con sucedáneos); a veces en un grado de formalización suficientemente vacío de contingencia.

La inteligencia domina no sólo los estratos científicos, técnicos y prudenciales, además de los del conocimiento vulgar; se extiende al campo de la inteligibilidad no-conceptual de la experiencia de lo bello, de la intuición calopoética y de la experiencia mística.

Ahora bien, la afirmación de la inteligibilidad del ser y la afirmación del cumplimiento de esta ley universal en un segmento determinado de la realidad, no puede ejercerse sino a partir de un conocimiento ilimitado en cuanto a su objeto material y, precisamente por eso, radical. La inteligencia así potenciada se constituye

en saber científico radical, en razón y medida del saber práctico, en fundamento de las verdades de la vida corriente y en prototipo del conocimiento preconceptual como experiencia intelectual del *es*.

El logos filosófico tiene razones, que la razón científica no conoce, y por ello, puede juzgar de toda inteligibilidad, aun de aquellas que merecen ser llamadas razones del corazón. La queja pascaliana se ahoga fuera de su contexto racionalista.

El racionalismo sitia a la inteligencia en el castillo de la ciencia, aislándola de lo común y de lo contingente. El irracionalismo quiere arrebatárle la vida, el arte, la religión...

La inteligencia, que aspira a la verdad, y la verdad es —con luminosa redundancia— el ser inteligible, no se sacia con una parcela del ser, está llamada a juzgar de todo lo existente, —penetrándolo—; y a dirigir toda acción del ser racional, haciéndola libre.

No se puede encontrar en el ámbito del ser, nada que escape a la estructura del logos y, por ello, nada que pueda hacerse refractario a su luz.

